CUATRO SONETOS QUIJOTESCOS DEDICADOS A EULALIO FERRER

Hace algunos meses, mientras preparaba una conferencia sobre la huella del *Quijote* en la poesía española del siglo XX, me encontré nada menos que con cuatro sonetos de tema quijotesco escritos por cuatro grandes poetas en lengua española, dos españoles y dos mexicanos, que tenían la peculiaridad de estar dedicados a Eulalio Ferrer. No creo que, en este *Boletín*, sea necesario presentar al dedicatario de estos textos. No obstante, quisiera recordar algunos aspectos de su biografía y personalidad. Nacido en Santander en 1921, Eulalio Ferrer Rodríguez simboliza, para muchos, el espíritu de los

«trasterrados» o exiliados españoles[1]. Siendo aún adolescente, sufrió en propia carne la Guerra Civil, como capitán del ejército republicano («quizá el más joven», ha comentado alguna vez[2]). Después, estuvo internado, durante dieciocho meses, en varios campos de concentración franceses. Según él mismo ha contado, la lectura del *Quijote* le ayudó entonces a sobrevivir y a conservar el equilibrio mental[3]. «Soñé con Don Quijote y me ayudó Sancho Panza a pensar», ha dicho en alguna ocasión[4]. Y esto es lo que escribe en su diario del campo de concentración de Barcarés el 16 de julio de 1939:

> No sólo leo a Don Quijote, lo veo. Me parece un ser de carne y hueso. En cada rostro que contemplo, en

---

[1] Véase, en este sentido, el artículo-entrevista «Eulalio Ferrer "simboliza el espíritu de los trasterrados"», publicado el 26 de julio de 2003 (http://www.rebelion.org/cultura/030716ferrer.htm).

[2] En «Entrevista con Eulalio Ferrer. Publicista sin cultura, carece de estatura», *Telemundo. Revista Virtual*, n.º 59, 1 de junio de 2001 (http://www.canal100.com.mx/telemundo/entrevistas/?id_nota=423).

[3] Sobre esta cuestión, véase Manuel Aznar Soler, «Don Quijote y el quijotismo republicano en *Entre alambradas*, de Eulalio Ferrer Rodríguez», en Esther López Sobrado y José Ramón Saiz Viadero (eds.), *El exilio republicano en Cantabria. Sesenta años después. [Actas del Congreso Internacional celebrado en el Centro Asociado de la UNED en Cantabria (del 19 al 11 de diciembre de 1999)]*, Santander, Centro Asociado de la UNED de Cantabria, 2001, págs. 261-279.

[4] En la citada «Entrevista con Eulalio Ferrer. Publicista sin cultura, carece de estatura».

cada gesto que observo hay partes de él. La fuerza descriptiva penetra el ambiente y lo vuelve quijotesco. No estamos en el siglo XVII; estamos en el siglo XX. Es un libro que se adapta al tiempo, que corre con el tiempo. Don Quijote puede retratar una época, pero la trasciende y cobra vida en cada época. El tiempo es un multiplicador de sus resonancias. Cervantes quiso hacer famoso a Don Quijote como una ofrenda a Dulcinea. Y su deseo se ha cumplido: no hay un lugar en el mundo donde no se conozcan sus hazañas. Secreto maravilloso de un relato que conjuga la expresión popular con la pintura imborrable de sus personajes. Cervantes es un escritor del pueblo. Y su obra es un canto a la libertad, una denuncia de las injusticias sociales. No hay lo tuyo y lo mío, sino lo nuestro. Para ser caballero no se necesita ser rico. Las causas de Don Quijote son nobles y desinteresadas. El pueblo es cuna de hidalguía. Hay momentos en que las arenas de esta playa se transforman en las llanuras de la Mancha y veo cabalgando a Don Quijote y Sancho, como si fueran personajes reales. Los toco, los oigo, están con nosotros... Cervantes los creó para ser inmortales. ¡Ay, qué alivio leer el Quijote! Leerle en un campo de concentración, como minutero de la hora humana, como [descubrimiento] de los ideales que justifican la locura del genio para convocar el gobierno de la razón[5].

[5] Esta cita aparece al frente de la página web dedicada al Museo Iconográfico del Quijote, en la ciudad de Guanajuato, México, creado por el propio Eulalio Ferrer (http://www.guanajuato.gob.mx/museo).

Al parecer, el grueso tomo del *Quijote* pudo servirle también de almohada en los fríos y sucios barracones del campo, lo que hizo que, desde entonces, la obra cervantina se convirtiera no sólo en una lectura cotidiana, sino también en objeto de culto, estudio y devoción. Tras ser liberado, llegó a México en 1940 («Nací en España, pero renací en México», ha llegado a decir[6]). Allí se convirtió en empresario y publicista, uno de los más reconocidos en el ámbito internacional, así como en humanista e intelectual. De hecho, ha publicado más de treinta libros, entre ellos, el impresionante *Entre alambradas: diario de los campos de concentración*[7] o ensayos tan sugerentes como *De la lucha de clases a las luchas de frases: de la propaganda a la publicidad*[8]; es miembro de la Academia de la Lengua Mexicana y su empresa Publicidad Ferrer es una de las más importantes del mundo hispánico.

Su arraigada pasión por el *Quijote* lo ha llevado a ser un cervantista sui géneris, un afamado coleccionista de ediciones de la inmortal novela y un mecenas de la obra de Cervantes. Después de crear el importante Museo Iconográfico del Quijote en la ciudad mexicana de Guanajuato y un Centro de Estudios Cervantinos en

[6] En el artículo-entrevista citado «Eulalio Ferrer "simboliza el espíritu de los trasterrados"».
[7] México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Pangea, 1987. Edición española: Barcelona, Grijalbo, 1988.
[8] Madrid, El País-Aguilar, 1992.

China, ha legado a la Universidad de Alcalá de Henares numerosos documentos relacionados con el escritor. En la actualidad, es Presidente de la Fundación Cervantina de México. Por otra parte, su espíritu quijotesco lo llevó a enfrentarse, en los años setenta, con una de las grandes potencias comerciales de los Estados Unidos, la General Electric, publicando un folleto en el que denunciaba la falta de ética profesional de esta célebre compañía, lo que le ocasionó grandes pérdidas y quebrantos a su empresa de publicidad.

Asimismo, ha contribuido, de forma decisiva, al estrechamiento de las relaciones culturales entre España y México, y es patrocinador, entre otras muchas cosas, del Premio Internacional Menéndez Pelayo y de la cátedra Octavio Paz en la UNAM. En 1989, fue nombrado Hijo Predilecto de Cantabria; en 1994, recibió la Medalla de Honor de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo; y, en 2003, la Gran Cruz de Isabel la Católica, que es la más alta distinción que concede el Estado español. Recientemente, la Universidad de Cantabria ha creado la Cátedra Eulalio Ferrer.

Pero volvamos ya a los sonetos. El primero de ellos es de Gerardo Diego (Santander, 1896-Madrid, 1987), y existen dos versiones del mismo. En ambas cede el poeta la voz al propio Don Quijote, que afirma su identidad,

para, al final, dirigirse a Dulcinea. La primera se titula «Soneto en fuga a Don Quijote» y dice así:

A Eulalio Ferrer R.

Me erijo en Don Quijote. Al fin existo.
Arde en febriles llamas mi cerebro
y por ojo de aguja ahílo, enhebro
mi caletre sutil. Lo que soy valgo

y sé quién soy. El alba ya. Cabalgo.
Silencio. ¿Sueña ella mi requiebro?
Una barca me espera allá en el Ebro
y a la Mancha del mar soberbio embisto.

Nada podrán gigantes, nada endriagos,
burladores del ser: visto y no visto.
Mi brazo tronza y mi pasión flamea.

Mírenme, encántenme tus ojos magos,
tus verdiazules y ruideros lagos,
E invencible seré, mi Dulcinea[9].

La segunda versión lleva por título «Soneto ingenuo de Don Quijote (1910-1947)» y aparece recogida en el libro *Vuelta del Peregrino*, publicado junto a *«El*

[9] En Luis García Montero (ed.), *La poesía, señor hidalgo… Antología de poemas cervantinos*, Madrid, Visor, 2005, pág. 153. No se cita la fuente o la edición de la que se ha tomado.

Cordobés» dilucidado, en Ediciones de la Revista de Occidente en 1966:

Soy Don Quijote, el ingenioso hidalgo.
Arde, estalla de fiebre mi cerebro
y en la sutil aguja el hilo enhebro
de un solo pensamiento. Libros, galgo,

lugar sin nombre, adiós. Que ya cabalgo
–ancha es la Mancha– y rezo mi requiebro.
Y una barca me espera allá en el Ebro
y a la Mancha del mar inmenso salgo.

Nada podrán endriagos ni gigantes,
encantadores, mágicos perversos.
Mi brazo es bronce y mi pasión idea.

Mírame tú, Señora, un solo instante,
guárdame en sus mellizos lagos tersos
e invencible seré, mi Dulcinea[10].

El poema de Rubén Bonifaz Nuño (Córdoba, México, 1923) se titula «Soneto del vencido». En él, encontramos esa épica de la derrota y el fracaso que aparece en poemas como el célebre «Vencidos», de León Felipe, incluido en *Versos y oraciones del caminante* (I, 1920). También se lamenta el hecho de que, al final, Don

[10] En Gerardo Diego, *Obras completas. Poesía*, t. II, ed. de Francisco Javier Díez de Revenga, Madrid, Alfaguara, 1989, pág. 962. Aquí el poema no lleva dedicatoria.

Quijote muriera cuerdo, un aspecto en el que coincide con otro gran poeta quijotesco, Blas de Otero, que, en unas notas sobre «La muerte de Don Quijote», le reprochaba a Cervantes que no hubiera dejado a Don Quijote «trasponer su muerte heroicamente, con su locura en alto»[11], esto es, que lo hiciera claudicar. Y añade después: «En fin, todo lo hubiésemos disculpado si no hiciese abjurar al héroe en el momento más permanente de su vida: quiero decir cuando murió. […*Ya yo soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno* (II, cap. 74)]»[12].

El soneto Bonifaz Nuño dice así:

A Eulalio Ferrer

Miserable acabó, murió desnudo.
Mas qué gloria vistió mientras vivía:
para el sin ojos, puertas fue del día;
boca y orejas, para el sordo y mudo.

Quiso el amor y la victoria, y pudo
vencer y amar, en armas y armonía.

[11] Blas de Otero, «La muerte de Don Quijote (Notas de un ensayo)», *Ínsula*, n.º 676-677, abril-mayo 2003, pág. 29. Se publicó por primera vez en la revista bilbaína *Champa*, en octubre de 1954. Este texto es complementario de un poema del mismo título recogido en el libro *Que trata de España* (1964), junto a otros nueve poemas inspirados en la figura de Don Quijote.
[12] *Ibidem*, pág. 30.

Y concilió vejez y valentía,
y con la espada ennobleció el escudo.

Hoy, opaco y desnudo, aquí reposa.
Pasión, batallas; todo queda en poco:
una cama de enfermo, un mal recuerdo.

Es, pero no es él mismo. Triste cosa.
Perdió el lujo de haber vivido loco,
en la miseria de morirse cuerdo[13].

El de Octavio Paz (México, D.F., 1914-1998) se titula «La Dulcinea de Marcel Duchamp» y está incluido en el libro *Árbol adentro* (1987). Como indica el título, el poema se inspira en el cuadro «Retrato o Dulcinea» (1911), de Duchamp, una obra plástica que oscila entre el cubismo y el futurismo. Se trata de una Dulcinea inspirada, a su vez, en una bailarina de *striptease* de un suburbio de París, convertida por el artista en modelo de la nueva heroína urbana; de ahí las palabras que, a modo de cita, encabezan el poema:

A Eulalio Ferrer

[13] Lo he encontrado en la interesante «Biblioteca Quijotesca» publicada por la revista electrónica *Espéculo,* de la Facultad de Ciencias de la Información, de la Universidad Complutense de Madrid, por donde cito (http://www.ucm.es/info/especulo/bquijote/qbonifaz.html).

–Metafísica estáis.
–Hago striptease.

Ardua pero plausible, la pintura
cambia la tela blanca en pardo llano
y en Dulcinea al polvo castellano,
torbellino resuelto en escultura.

Transeúnte de París, en su figura
–molino de ficciones, inhumano
rigor y geometría– Eros tirano
desnuda en cinco chorros su estatura.

Mujer en rotación que se disgrega
y es surtidor de sesgos y reflejos:
mientras más se desviste, más se niega.

La mente es una cámara de espejos;
invisible en el cuadro, Dulcinea
perdura: fue mujer y ya es idea[14].

Por último, el soneto de José Hierro (Madrid, 1922-2002) se titula «Don Quijote trasterrado», y está incluido en su penúltimo libro *Agenda* (1991). Se trata de uno de esos poemas en los que el autor cede la voz del hablante lírico a un personaje del mundo de la cultura, en este caso Don Quijote, un Don Quijote, en este caso,

[14] En Octavio Paz, *Árbol adentro*, Barcelona, Seix Barral, 1987, págs. 111-112.

exiliado en tierras de México. Aquí el sentido de la dedicatoria es muy explícito:

(A Eulalio Ferrer, viejo amigo,
quijotesco y trasterrado)

He aquí el reverso del tapiz. La vida
tiene el mismo vellón en igual rueca.
Esta es la Mancha aquella, vasta y seca,
aunque hoy está de flamboyán vestida.

Sangra el ocaso por la misma herida.
Quema el cura –el chamán– mi biblioteca.
Hoy los gigantes son de piedra olmeca.
Ayer, de cal y de viento sin brida.

Ya no cabalgo, sino en Clavileño.
Rocinante era real, y esto es un sueño
soñado en el fanal que el tiempo empaña.

Y aquí estoy, destiempado, en duermevela,
soñando con Malinche de canela,
mi Dulcinea de la Nueva España[15].

Sirvan, pues, estos cuatro poemas, una vez más, de homenaje y reconocimiento a este singular cervantista y quijotista en el año del cuarto centenario de la novela.

[15] En José Hierro, *Agenda*, Madrid, Ediciones Prensa de la Ciudad, 1991.